



Los perfiles de la democracia anómica en América Latina: Conflictos y la sombra del nuevo caos

Franco Gamboa Rocabado,

Sociólogo político, miembro de Yale World Fellows Program,
franco.gamboa@aya.yale.edu

En la mayoría de los países de América Latina, los sistemas democráticos, que tienen por lo menos veinte años de vida, empezaron a mostrar señales de agotamiento y profundas contradicciones; por lo tanto, las discusiones teóricas sobre la “consolidación de la democracia” en el continente han perdido relevancia. Casi todas las democracias, e inclusive el único gobierno totalitario del Caribe como el socialismo cubano, destacan una característica especial: la erupción incontrolable de conflictos latentes y manifiestos que destruyen progresivamente las instituciones y el orden político.

Si se analizan las guerras civiles en Haití y Colombia, la violencia y el caos político presentan un escenario que debilitó las estructuras estatales y la democracia como fin último en la búsqueda de una sociedad tolerante con gobiernos estables. Ecuador, Venezuela, Perú y sobre todo Bolivia, son países demasiado divididos donde los partidos políticos no logran reconducir la toma de decisiones, sino que confrontan un desprestigio que ocasionó la caída de varios gobiernos elegidos democráticamente; por otra parte, los caudillos que súbitamente aparecen para compensar el déficit de legitimidad del sistema de partidos tradicional, tienen serias dificultades para tomar decisiones políticas que sean respetadas por diferentes grupos porque sus iniciativas e intereses obedecen más a



metas de corto plazo, sin mostrar una voluntad para asumir la consolidación de capacidades estatales en la negociación y el aprovechamiento de experiencias exitosas en la implementación de políticas públicas, junto con criterios de equidad y visiones duraderas de largo aliento.

El Estado y las sociedades latinoamericanas ingresaron en la oscura dinámica de la “anomia”; es decir, un ritmo donde cualquier ciudadano se acostumbró a vivir al borde del riesgo, la incertidumbre y la corrupción cotidiana, aceptando como normal la violación de derechos humanos, los abusos del poder y las tenebrosas explosiones de autoritarismo desde la sociedad civil por medio de sangrientos linchamientos, ajusticiamientos ilegales que cometen las instituciones policiales como en las favelas de Brasil, los barrios marginales de Argentina, y el narcotráfico que penetró profundamente en el sistema político mexicano.

Estos problemas tienen raíces estructurales que se remontan directamente a las contradicciones de las estructuras sociales donde la inseguridad institucional del sistema político, la dinámica inestable de la democracia, la gigantesca desigualdad en la concentración de la riqueza, la pobreza y las crisis económicas cíclicas, tienen consecuencias que promueven todo tipo de confrontación, arbitrariedad en la interpretación del derecho y descomposición de los Poderes Judiciales y los Parlamentos, que sencillamente no pueden resolver el núcleo de los problemas más importantes como la eficacia para incentivar una institucionalidad duradera.

En un ambiente donde hay diferentes sectores divididos dispuestos a la eliminación directa de los enemigos, cada actor tratará constantemente de afirmar su propia posición intentando convencer a los miembros de otros sectores de que



sus acciones son legítimas. Por otra parte, los líderes de los grupos que se sienten perjudicados, como una gran mayoría de grupos urbanos marginales e indígenas, negarán aquella pretensión de legitimidad; en este caso, es importante el fortalecimiento de una autoridad nacional plenamente reconocida: el Estado latinoamericano, en calidad de ente rector para la gestión exitosa de los conflictos públicos, de lo contrario se corre el riesgo de caer en peligrosas situaciones de “anomia social y política”. La disgregación de las instituciones en América Latina está conduciendo a la naturalización del caos y a la aceptación de situaciones extremas.

La anomia significa, por lo tanto, estar ante un peligro permanente, sufrir una sensación de desconcierto y desorientación ante una multiplicidad de normas opuestas y contradictorias donde cualquier grupo o institución puede reaccionar de manera inesperada afectando los intereses colectivos y dañando seriamente a otros grupos; de esta forma se generan las mejores condiciones para el estallido de la violencia por desesperación, oportunismo o supervivencia.

El Estado es una autoridad despreciada por gran parte de la población, primero porque los pobres no reciben la protección esperada, y segundo porque las élites y los aprovechadores del poder, han manipulado las estructuras estatales hasta destruir las orientaciones más mínimas.

La “dispersión” de las normas y el enfrentamiento entre diferentes actores social-corporativos e institucionales que se mueven en los diferentes sistemas democráticos, muestran un molde institucional donde es fundamental reconocer la necesidad de coordinar e integrar de manera armónica diferentes regulaciones, leyes y capacidades gerenciales para reducir la dispersión y aquellas visiones



parcializadas que son particularmente negativas, inclusive con la ejecución de varias reformas constitucionales que habiéndose promulgado, representan cambios escuálidos porque los partidos de izquierda y derecha han aprendido a sacar ventajas electorales del desorden. Todos exageran las crisis, exacerbando los conflictos por un frío cálculo, terminando por adorar la democracia anómica.

Los medios de comunicación como detonantes de anomia y conflicto

Los conflictos sociales tienen su explicación en la dinámica interior de las diferentes culturas democráticas; sin embargo, hoy día cualquier conflicto político o económico puede diseminarse inmediatamente gracias al reguero de pólvora colocado por los medios masivos de comunicación. En la vida cotidiana, éstos difunden una ideología que muestra demasiada ambigüedad entre radicalismo e imposición autoritaria de las propuestas más absurdas en torno a una serie de problemáticas, así como un conjunto de versiones unilaterales sobre la crisis de valores en la sociedad y las amenazas que, supuestamente, descansan detrás de las conductas sencillas que desafían a la modernidad reinante.

Los medios de comunicación están acostumbrados a transmitir un montón de concepciones donde una *expertocracia*, ligada a los dueños de periódicos y canales televisivos, concentró las decisiones en las manos de una pequeña élite, la cual tiende a no democratizar la libertad de expresión y las oportunidades de desarrollo y modernización. Al interior de los medios de comunicación se puede encontrar una nebulosa de confusión, antes que claros horizontes ideológicos dignos de analizar.

Los medios de comunicación pesan demasiado en la mentalidad de la mayoría y su influencia es ambivalente y dificultosa. Por un lado, los medios hacen ver un



mundo democrático y relativamente igualitario donde – en teoría – muchos tienen oportunidades de ascenso social; por otro lado, las imágenes de violencia familiar, étnica y social son expresadas en forma intensiva y sofisticada desde la televisión para polarizar a propósito las opiniones y la conciencia colectiva.

El perfil negativo de los *mass media* hace que los ciudadanos se encuentren frente a un mundo donde no saben cómo orientarse claramente, lo cual da lugar a la *anomia colectiva*. En la teoría sociológica, la anomia produce frustración y conduce a la violencia. Frente a la frustración irrumpe la agresión desenfrenada para tratar de domesticar el desorden y aprovecharse de los más débiles. El desorden estimulado por los medios de comunicación liquida la gobernabilidad de los sistemas democráticos modernos, exagera los costos de cualquier dificultad y, en consecuencia, la vida cotidiana se atasca en medio de una cadena amenazadora que cabalga entre la anomia, confusión, frustración y agresión.

La conducta ética, pacifista y democrática se transforma en un evento frágil. De aquí que la sociedad civil deba obligar a los medios de comunicación a confluir varios compromisos en función de una convivencia sin precipitar los conflictos, sobre la base de alternativas concertadas y una visión de la vida humanamente más simple. Ningún actor o nivel institucional por sí solo obtendrá resultados eficientes sin atraer a los medios de comunicación como aliados renovados, especialmente para combatir la *violencia anómica*.

Cuando los medios de comunicación detonan cualquier conflicto, se aprecia muy bien de qué manera la sociedad informacional tiende a adaptarse al brote de la anomia constante como si fuera algo normal. Esta dramática *normalización de la anomia* expresa que el control social de los individuos a cargo de la gestión de los



conflictos y las instituciones falla, porque las normas obligatorias a las que debería someterse la acción de los individuos o los grupos corporativos ya no se pueden reconocer con claridad, abriendo el paso a la imposibilidad de prever consecuencias negativas en el largo plazo para planificar correctamente una acción racional, e imponiéndose el resquebrajamiento de las instituciones democráticas hacia el futuro.

La población pobre, al conocer un nivel de vida más alto en los principales centros urbanos por medio de la publicidad barata de los medios de comunicación, asume dicha influencia como si fuese una posibilidad inmediata de obtener modernización, y al no poder conquistar el *ideal deseado* mucha gente elabora una serie de resentimientos junto con *actitudes antidemocráticas* porque cree que al poner en primera línea los beneficios materiales, todo está al alcance de la mano y todo es posible sin límite alguno. Así se tienen dos tipos de actitudes: primero, uno se aferra irracionalmente a las tradiciones más retrógradas, como es el caso del fundamentalismo étnico; segundo, uno trata de alcanzar ese mundo de satisfacciones volátiles y modernas por el atajo más rápido posible, tomando el fusil en la mano como en el caso de los movimientos sociales violentos que ponen en vilo a cualquier régimen.

La gobernabilidad democrática está tensionada en la cotidianidad porque vivimos en una sociedad donde la modernidad, el progreso tecnológico y la implantación de sofisticados medios de comunicación produjeron un estado de desconcierto total, en el cual todo individualismo tiene que abrirse paso en la vida a *golpes*, incubando peligrosamente diferentes comportamientos antidemocráticos que son difundidos rápidamente por los medios de comunicación.



Los *mass media* instauraron una *sociedad de la información* donde cualquier persona accede a un mar infinito de información vía internet, televisión por cable, redes globales de datos, o programas de computadoras. Esto significa que el común denominador de las personas ya no requiere de una autoridad que defina pautas de conducta o explique el mundo. Para los *mass media*, la vida diaria no necesita de intelectuales o patrones políticos de democracia, sino solamente de información parcial, confusa, contradictoria y, muchas veces, irracional.

Los medios de comunicación estimulan una ruptura entre la economía internacionalizada y los actores sociales que se fragmentan y orientan *hacia sí mismos*, más que hacia la vida pública y una democracia reflexiva. Cuando hay esta separación entre la economía, la cultura, el mundo social y político, la capacidad de integración y politización desaparece desatándose los conflictos y múltiples crisis de gobernabilidad.

Por lo tanto, el espacio vacío que aparece luego de varias rupturas y conflictos queda ocupado por los *mass media* – cuya función no es negativa en sí ya que también pueden contribuir a la formación de una opinión pública favorable a pautas de comportamiento relativamente condescendiente –. El principal problema radica en que los medios de comunicación forman una especie de *neblina* en la vida política que no puede ser disipada por la lluvia; es decir, no puede convertirse en una gobernabilidad clara con estrategias políticas de integración y visiones de futuro.

Si bien no podemos convertirnos en teólogos medievales para quemar la televisión inaugurando una inquisición anti-mediática, tenemos que comprender que los medios de comunicación no son solamente las noticias, sino que representan un poder para construir una realidad, en gran medida inexistente. Sin



duda, hoy día existe tal oferta comunicacional que uno también puede solazarse con reportajes de investigación, análisis y páginas culturales impecables. La televisión no es del todo entretenimiento o aburrimiento. No se puede negar que los reportajes de la BBC, CNN o Transtel orientan y educan bastante. Los *mass media* tienen diferentes alternativas para hacer comprensible la realidad. No serían un gran negocio si solamente fueran manipulación o meros instrumentos de difusión cultural y publicitaria.

El punto neurálgico radica en que los medios de comunicación no deben convertirse en un *poder omnímodo*. Todo lo contrario, tienen que ser plurales porque la radio y la televisión están cada vez más diversificadas. Los medios de comunicación y las maravillas de la tecnología como bases de datos por medio de internet posibilitan una educación nueva, donde toda persona es capaz de programar el desarrollo de sus capacidades. Esta es la palabra clave para regresar a un orden democrático: *programar* nuestras ideas en la vida diaria, organizar la complejidad del mundo contemporáneo y auto-determinarse individualmente en función de lo que nos interesa. Así, los medios de comunicación serían un instrumento y no un fin en sí mismo para la dominación y una invitación a los conflictos.

Estas circunstancias tienen que dar lugar a la aparición de *líderes éticos* en muchos ámbitos de la sociedad civil. Periodistas respetables con un sentido de tolerancia fundamental, profesionales y representantes cívicos. Éstos podrían embeberse de las fuentes de información masivas y articular un discurso en el que expresan los problemas de la sociedad y contribuyen a identificar otras formas de gobernabilidad desde el micro-espacio de una vida cotidiana más racional,



haciendo frente a las agresiones del poder político y al mercado engeguado por la acumulación sin calidad humana.

Aquellos posibles *líderes éticos* quisieran que la información masiva se democratice y alcance a todo ciudadano para que sea éste quien comprenda las cosas por sí mismo, gracias a la reflexión. Estas posibilidades constituirían un nuevo sentido para el liderazgo que debemos rescatar, junto a las movilizaciones que pugnan por participar en los procesos económicos y políticos, en función de alcanzar un mejor orden social.

Los *líderes éticos* y un nuevo tipo de medios de comunicación pueden contribuir a tomar conciencia sobre cuál es nuestra situación, como paso previo al razonamiento personal y haciendo uso de múltiples núcleos de información. Esto viabilizaría la gestación de proyectos democráticos alternativos, con el objetivo de habitar en una sociedad abierta que estimule el respeto a uno mismo y a los demás.

Conclusiones: conflictos y democracia anómica

La gobernabilidad política en los sistemas democráticos es una tarea de nunca acabar pues la dinámica de los conflictos pone en serio riesgo a las instituciones más importantes, así como tiende a quebrarse la durabilidad de las reglas del orden político. En una gran parte de los países de América Latina, las reformas institucionales fueron encaradas de manera difusa por un conjunto de normas y políticas sin integrar de manera consistente los problemas que trae el cambio de largo plazo, junto con las dimensiones socio-culturales donde varios actores exigen transformaciones inmediatas.



Los dramáticos conflictos durante el 5 y 6 de junio de 2009 en el norte amazónico del Perú, expresaron claramente de qué manera las élites reformistas se han deslegitimado para llevar adelante varios cambios económicos importantes. Asimismo, los movimientos sociales indígenas exigieron una participación intensa en el diseño de cualquier política pública, junto con sus propias ambiciones para la toma del poder. Este caso de levantamiento indígena señala por qué la democracia representativa y la estabilidad gobernable dejaron de ser factores de negociación, convirtiéndose en todo lo contrario, ya que la ruptura del sistema democrático regresó como una nueva *estrategia para el ejercicio del poder* a manos de actores sociales convulsionados.

Puede afirmarse que los conflictos en un régimen democrático nunca mostrarán un “sistema de equilibrios perfectos” porque los actores involucrados en la resolución de los problemas pretenden resultados rápidos y momentáneos, sin intentar sacrificarse por un tiempo en función beneficiar a toda la sociedad. Los actores conflictivos buscan proteger el máximo de sus intereses y es por esto que no toman en cuenta las consecuencias posteriores de sus acciones, sino que más bien piensan en su propio hedonismo, degenerando en conductas completamente unilaterales. Por lo tanto, las viejas estrategias de negociación asentadas en la *inclusión de los excluidos* pierden relevancia para dar paso a múltiples actores sociales que irrumpen a como dé lugar en el sistema de toma de decisiones, con el objetivo de ganar el todo por el todo, inclusive a pesar de sucumbir en medio de acciones violentas.

Un probable equilibrio en los conflictos significaría tener la posibilidad de confluir los intereses de varios actores, que si bien en un momento están



enfrentados, podrían lograr varios acuerdos en relación con diferentes objetivos de desarrollo que apunten hacia un beneficio colectivo para todos.

En América Latina, el posicionamiento de los actores conflictivos muestra que durante todo el periodo democrático 1985-2009 se formaron dos frentes: a) por un lado se encuentran las posiciones de los *actores corporativo-sociales*, y b) por otro lado se hallan los *actores institucionales*. Los actores corporativo-sociales influyen en la sociedad civil organizada con demandas y reivindicaciones de carácter político muy fuertes; sin embargo, no pueden alcanzar resultados eficaces en materia de gestión pública debido a sus divisiones internas y a la inestabilidad institucional que ellos promueven tratando de incumplir todo tipo de reglas y resistiéndose a esperar pacientemente para que maduren las soluciones a sus problemas.

Estos actores se agrupan en las clases sociales, sindicatos, agrupaciones ciudadanas y aquellas organizaciones que dicen promover la lucha de los de abajo y todo tipo de grupos marginales. En este caso, no importa mucho la preservación del sistema democrático, sino la efervescencia de los actores movilizados, sobre todo pobres y carentes de poder cuyo objetivo es satisfacer sus intereses inmediatos, inclusive a costa del quiebre del orden político democrático.

Por el contrario, los actores institucionales están en las esferas de gobierno, organismos de cooperación y los partidos políticos modernos tendientes a lograr acuerdos negociados, sobre la base de normas duraderas. Estos actores asumen una posición más mesurada respecto a la proyección de las políticas públicas, son más reacios al control social reclamado por algunas organizaciones de base, estando al mismo tiempo atrapados en consideraciones de análisis de mercado y posibilidades



financieras sostenibles, llegado el momento de evaluar sus propias alternativas de subsistencia futura.

Estos actores, supuestamente son más racionales porque saben muy bien que no pueden ofrecer aquello que la realidad no es capaz de dar; sin embargo, para ganar elecciones o perjudicar a los enemigos políticos, también amenazan la racionalidad de toda democracia al negociar soluciones imposibles pensando en objetivos coyunturales y de corto plazo.

La polarización entre los actores social-corporativos, impacientes por arrancar sus demandas a cualquier precio, y los actores institucionales constituye un *equilibrio inestable* donde las negociaciones violan sistemáticamente las reglas democráticas y atentan contra la estabilidad por temor o chantaje de los grupos movilizadas. La consecuencia inmediata es una cultura política informal donde es preferible el desorden y las contradicciones antes que la racionalidad previsible de una democracia modernizada. La cultura política informal está atravesada completamente por la anomia donde todas las clases sociales quieren ganar en río revuelto pensando en la satisfacción de sus intereses restringidos y promoviendo la evaporación del interés colectivo y la unidad como Nación.

El conflicto en América Latina se alimenta de la anomia y viceversa. Las reglas democráticas se rompen fácilmente pero deben permitir la libre expresión, inclusive de aquellos actores destructivos. Al final, ningún actor o nivel institucional obtiene resultados eficaces porque todos están afectados por el cálculo egoísta donde el único triunfador es la violencia anómica.